

S E M B L A N Z A

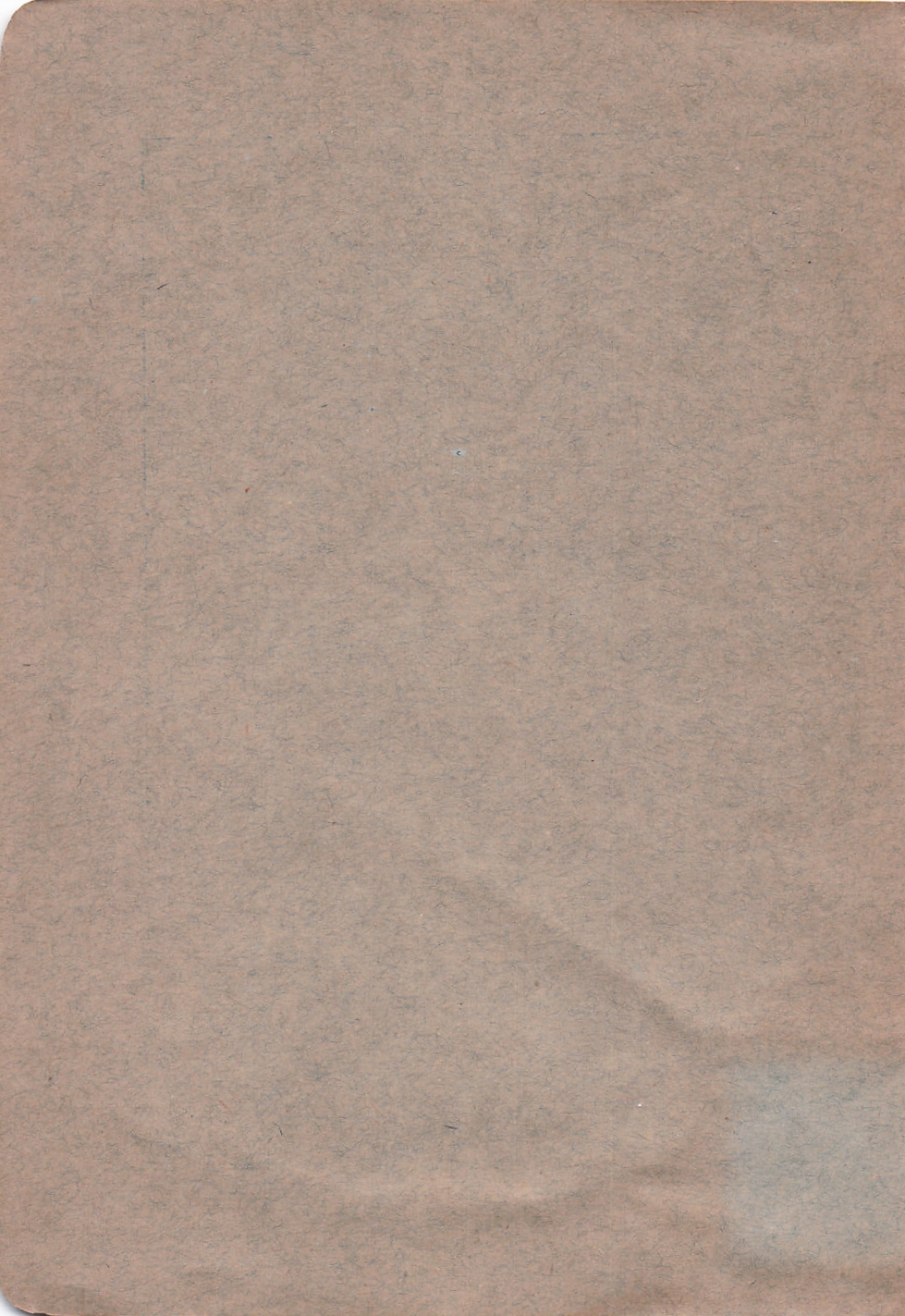
D E

Monseñor

L U I S L A S A G N A



POR EL PBRO. DR. JOSE M. VIDAL



PBRO. DR. JOSE M. VIDAL



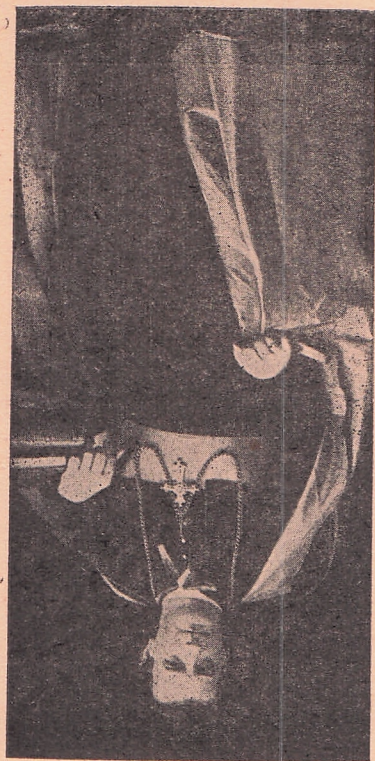
SEMBLANZA DE
Monseñor LUIS LASAGNA

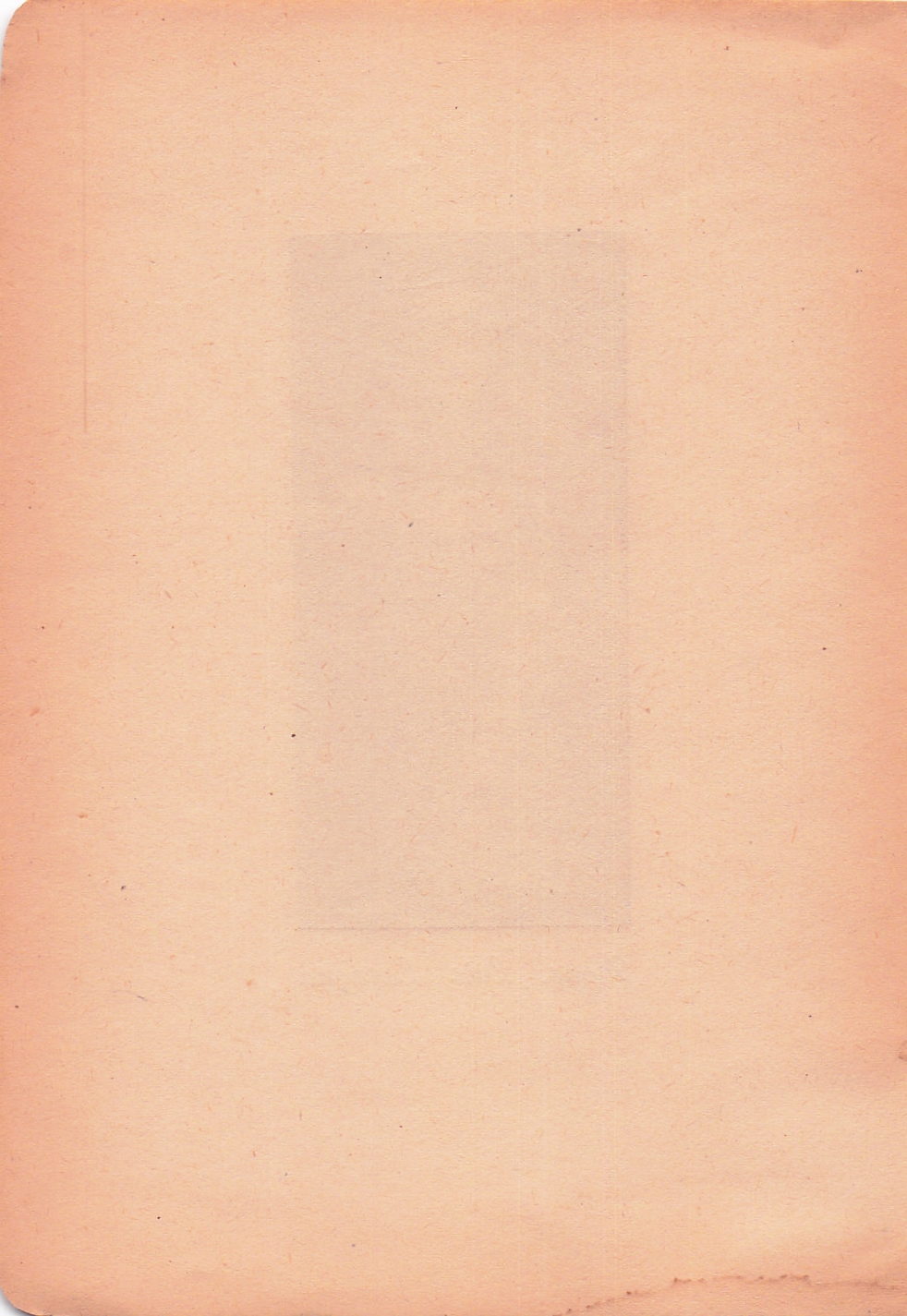


TIP. TALLERES DON BOSCO
MONTEVIDEO
1945

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

Maria Luisa Rattagna





SEMBLANZA

de Monseñor Lasagna

Nos forjamos la ilusión de que las personas a quienes hemos conocido y amado, aun después de arrebatadas por la muerte han de vivir una actualidad sin ocaso en la mente y en el corazón de todos. Pero la realidad es muy otra. Dice el Eclesiastés: "Generación va y generación viene... No queda memoria de lo que pasó, ni tampoco de lo que ha de suceder subsistirá el recuerdo en los hombres venideros". (*Eccle.* I, 4. 11). Es ley fatal: "todo lo gasta y borra el tiempo ingrato". Si queremos conservar vivas, en nosotros y en los demás, las imágenes de los que se fueron para no volver, hemos de emplearnos a menudo en ahuyentar las sombras invasoras del olvido que pugnan por envolverlas.

A tal objeto responden estos breves rasgos de la personalidad de *Monseñor Luis Lasagna*, publicados en el cincuentenario de su glorioso tránsito.

I

Nacido en Montemagno (Piamonte, Italia), el 3 de Marzo de 1850, creció hasta los doce años en el

clima de un hogar ejemplarmente cristiano. A esta edad, le cupo la dicha de conocer a San Juan Bosco, de sentirse irresistiblemente atraído por el educador incomparable y de ser admitido en el Oratorio de San Francisco de Sales, en Turín.

Hubo de luchar a brazo partido con la extrema vivacidad de su imaginación, con la desmedida fogosidad de su índole; mas el inspirado sistema y el celo amoroso de su gran Maestro le ayudaron a triunfar en breve de su natural y a convertirse en uno de los más aventajados discípulos de aquella escuela de cultura y perfección.

II

Llegó la hora de elegir su senda definitiva en el mundo. Le cautivaba la medicina; pero, en medio de sus entusiastas proyectos sobre el particular, oyó la voz de lo alto, que le llamaba al estado religioso y al sacerdocio. Renunció heroicamente a los ensueños hasta entonces acariciados, vistió el hábito clerical, y se consagró a los estudios eclesiásticos.

Simultaneando con ellos el profesorado, puso de manifiesto sus extraordinarias dotes para formar la inteligencia y el carácter y conquistar de lleno y a perpetuidad el corazón de sus alumnos.

Ordenado de sacerdote, no tardó en darse a conocer como varón de virtud a toda prueba, misionero lleno de espíritu apostólico, predicador de medulosa y avasalladora elocuencia.

III

Sus envidiables triunfos en la cátedra y en el campo evangélico le habían convencido de que en aquel ambiente y en su país natal había de ejercitar de por vida su actividad bienhechora.

¡Nuevo desengaño! Dios le pedía una vez más el holocausto de sus legítimas aspiraciones. Cuando más embebido está en ellas, Don Bosco le propone embarcarse para el Nuevo Mundo, al frente de un grupo de religiosos destinados a establecer la Obra Salesiana en la República Oriental del Uruguay.

Luis Lasagna, sobreponiéndose a las resistencias de su voluntad, a las ansias de su corazón, responde, con la docilidad del profeta Isaías: "Aquí estoy: envíame". (*Isai.* 6, 8). Todavía no ha cumplido los veintisiete años. Le azora la perspectiva de alejarse de su Padre Don Bosco, de dirigirse a una tierra remota y desconocida, diversa de la suya en costumbres y lengua, con la responsabilidad abrumadora de la nueva fundación. Pero repite con San Pedro: "Fiado en tu palabra, largaré la red". (*Lc.* 5, 5).

IV

Atraviesa el Atlántico, y el 26 de Diciembre de 1876 arriba al puerto de Montevideo. Sin descansar del viaje, se entrega a la organización del Colegio Pío, donde todo está por hacer.

Y con tal denuedo e inteligencia lleva la empresa adelante, que a los dos meses apenas, el 2 de Febrero

de 1877, inaugura solemnemente el Instituto, con la asistencia, adhesión y aplauso de lo más granado de la República, y el padrinazgo del Presidente del Estado y Señora. Por su parte, el recién llegado Director ya se ha familiarizado con el nuevo idioma lo suficiente para pronunciar en correcto castellano el discurso de apertura.

Afluyen los colegiales en número superior a la capacidad del local. Muchos de ellos han de figurar con loa en la historia de su patria. Y a través de la vida conservarán indeleble recuerdo del egregio Maestro. He aquí cómo hablan de él, por boca del Dr. D. Luis Pedro Lenguas:

“Con admirable delicadeza sabía atraerse el corazón de todos los que tenían la dicha de tratarle y más aún el de sus discípulos, los que abandonábamos muchas veces los juegos y placeres infantiles, por ir, prendidos de su brazo y pendientes de sus labios, por aquellos queridos corredores del Colegio Pío, extasiados en su conversación amena, que variaba, desde las cuestiones más serias y de verdadero interés científico, hasta los tiernos relatos de la preciosa vida de Don Bosco”.

“Simpático, afable, cariñoso hasta la ternura, atractivo como un imán, virtuoso como pocos, sabio como el que más, así era Monseñor Lasagna”.

“Han pasado muchos años, pero los recuerdos de mi vida en el Colegio Pío jamás se borrarán de mi mente”.

“¡Con cuánto amor y ternura no recibía las confesiones infantiles de sus hijos! ¡Con cuánta amabilidad

y cariño no infundía en el alma el amor grande a Jesucristo y el horror al pecado!”

“¡Oh tú, que recibiste también las mías, que diste más de una vez suave refrigerio a mi espíritu cansado y enfermo, que me hiciste comprender lo grande y lo noble abriéndome tu corazón, acuérdate de mí hoy que estás en el Paraíso!”

“Una palabra más, y quedará débilmente bosquejado Monseñor Lasagna como padre afectuoso y tierno. Amaba a todos sin excepción. Pendiente de sus labios estaba siempre una frase cariñosa, una palabra de aliento, que prodigaba de un modo encantador”.

“Fué, como maestro, un hombre nutrido de ciencia, revelándose en él una preparación poco común. Cerebro bien preparado para la concepción y la creación, transmitía con sencillez sus ideas y cultivaba con lucimiento las jóvenes inteligencias de sus discípulos”.

“No descansaba en hacer comprender a éstos que la verdadera ciencia debe tener por base y fundamento a Dios, porque sólo en Dios existe la verdad”.

“Cuántas veces los áridos estudios abatieron nuestros ánimos, cubriendo con decepciones y tristezas nuestros juveniles horizontes, siempre encontramos en el maestro cariñoso el bálsamo suave del consuelo, que trocaba aquéllas en esperanzas y éstas en alegrías”.

“Considerado como amigo, difícilmente se encontraría mano más cariñosa ni pecho más franco”.

“Una vez separado el discípulo del maestro, vinculábanse más los lazos de la amistad, que se cultivaba con esmero, interesándose, tanto él en la vida de los

que fueron sus hijos y hoy eran sus amigos, como éstos en la vida del padre, del maestro y del que hoy era su mejor amigo”.

El Colegio Pío, que hoy cuenta sesenta y ocho años de existencia, he ahí un monumento vivo de Monseñor Lasagna. El recuerdo de sus magistrales lecciones científicas; los laboratorios de física y química por él instalados; los museos surgidos a su impulso; el observatorio meteorológico, el primero de nuestro país, y tercero de toda la América del Sur, que él inició, de acuerdo con el célebre Padre Denza, como parte de una vasta red que había de abarcar todo nuestro continente; el ejemplar tesón y lisonjero resultado con que varios de sus Salesianos se dedicaron, por estímulo suyo, a la arquitectura, a la pintura, a la música; ¿qué más se necesita para proclamarle benemérito en grado eminente de la enseñanza, del saber, del arte?

Y esas multitudes de alumnos plasmados por él en todas las virtudes religiosas y ciudadanas, ¿no son el encomio más elocuente del eximio educador hecho a imagen y semejanza del moderno apóstol de la niñez y de la juventud San Juan Bosco?

Añadamos a esto que el Colegio Pío retoñó, por obra del Padre Lasagna, en otros similares, como el de San Isidro de Las Piedras, los de Nuestra Señora del Rosario y Don Bosco de Paysandú, el del Sagrado Corazón de Jesús de Montevideo, el de San Miguel de Mercedes; y en el Brasil, el de Santa Rosa de Niteroy, el del Sagrado Corazón de San Pablo, el de San Joaquín de Lorena, el de San Gonzalo de Cuyabá.

Paralelamente a éstos fué suscitando, para la niñez femenina, una serie de florecientes colegios de las Hijas de María Auxiliadora.

V

Pero no completaríamos en este punto la silueta del Padre Lasagna, si no nos refiriésemos a sus grandiosos planes para dotar a las poblaciones de artesanos capacitados, y a los campos de expertos agricultores.

Con la insustituible cooperación del Padre José Gamba, logró ver encaminadas las Escuelas Profesionales de los Talleres de D. Bosco, hoy de larga y benéfica historia, que ya tienen su doble en la Escuela Industrial de Don Bosco en Juan Lacaze.

Sonaba además con la Escuela Agrícola, que surgió después en el Manga, y que vió últimamente su par en la de Criado Pérez en el Paso de la Horqueta en la Colonia.

Precisamente el viaje en que el P. Lasagna encontró la muerte en el Brasil le llevaba a inaugurar, amén de dos colegios de las religiosas de Don Bosco (los de Ouro Preto y Ponte Nova), la escuela agrícola salesiana de María Auxiliadora, de Cachoeira do Campo.

Cumple destacar aquí la positiva y entusiasta participación de nuestro héroe en todo cuanto significara progreso, prosperidad, bienestar para las Repúblicas en que actuaba.

Su nombre puede figurar con justo título al lado de los de Don Pascual Harriague y Don Francisco Vi-diella, en lo que respecta a la industria vitivinícola.

Luchando tenazmente contra el inveterado prejuicio de que la viña no se adaptaba a nuestro país, trajo del suyo cepas de diversos veduños, las plantó en los terrenos del Colegio Pío y se las proporcionó a muchos agricultores, incitándolos a dedicarse a su cultivo.

Sus vinos merecieron medallas en diversas exposiciones, como en las de Génova, Chicago y Montevideo. En esta última, celebrada en Abril de 1895, y completada con un congreso, quiso Monseñor Lasagna que participaran activamente los Salesianos. Y además de sus vinos, fueron premiados un licor (la *eucaliptina*) elaborado por los suyos; la miel de sus colmenas; un nuevo sistema de las mismas, y dos máquinas para la manipulación de los productos de las abejas.

En medio de su incansable actividad apostólica hallaba tiempo para que su sotana de sacerdote, primero, y de obispo, después, trazara una fuerte pincelada en las asambleas y fiestas del trabajo y de la industria.

Así le encontramos, por ejemplo, en la conmemoración del veintenio de la Granja Vidiella, ocasión en que, ante los miembros del Gobierno y muchos hombres de empresa, hace, en elocuente discurso, un cumplido elogio de la agricultura.

El 20 de Enero de 1889 le vemos ocupar la presidencia de una comisión de residentes en Villa Colón, constituida, como reza el acta correspondiente, con el objeto de "arbitrar recursos para proveer a la composición de las calles y plazas de la localidad y atender con celo y actividad a los intereses de todos los vecinos".

Consignó, pues, una verdad histórica Don Enrique Legrand, al escribir:

“Aunábanse en Monseñor Lasagna todas las virtudes del cristiano y todos los entusiasmos del hombre de ciencia y de progreso”.

VI

Y es también un encomio que se le debe en toda justicia el que el mismo escritor hace de él a continuación, diciendo:

“La austeridad de una vida de labor constante y perpetuo sacrificio de sí mismo se revestía en él con esas galas de jovialidad y benevolencia que atraen y subyugan. Todos los que hemos tenido la ventura de conocerle, guardaremos su memoria venerada y querida en esa región predilecta del alma en donde recogemos el escaso tesoro de lo bueno y de lo bello encontrado en el camino; santuario en el cual quemamos el incienso del recuerdo ante la imagen de los seres queridos arrebatados a nuestro cariño, y de aquellos que, como Monseñor Lasagna, han pasado irradiando en torno suyo las luces de su espíritu y derramando sobre las llagas vivas el bálsamo de su inefable caridad...”

“En Monseñor Lasagna el amor de Dios se traducía por su verdadera forma activa, que es el amor de los hombres. Su vida entera fué consagrada al ejercicio de tan sublime misión sacerdotal, y en esa naturaleza exquisita, todo, alma y cuerpo, — tanto el espíritu lleno de luz, y el corazón desbordante de amor y

de ternura, como su mismo aspecto exterior: esa fisonomía expansiva, jovial, abierta, ese hablar animado y elocuente, esos ojos de expresión tan inteligente como bondadosa, — todo parecía predispuesto providencialmente para un apostolado fecundo”.

Nuestro gran Don Francisco Bauzá nos da este testimonio concordante:

“Los discípulos de Monseñor Lasagna deben clasificarse en dos grupos: la juventud que recibió directamente sus enseñanzas de maestro, y los hombres que recogieron consejos y ejemplos frecuentando el trato de aquel prelado ilustre. El autor de estas líneas pertenece al segundo grupo”.

“No puedo precisar el día en que conocí a Monseñor Lasagna; pero, después de su muerte, me parece que lo hubiera conocido durante toda la vida. Unidos por esperanzas y propósitos comunes en un período de lucha y de prueba, creo que nos encontramos sin que nadie nos presentara. La gracia de que estaba dotado para apoderarse de los corazones hizo que entrara en el mío sin que yo supiera cómo”.

Y el Dr. D. José María Castellanos corrobora:

“Con una fe religiosa pura y sincera, tenía la rara virtud de la tolerancia... era el espíritu conciliador que con la brillantez de su talento y la dulzura de su palabra trataba de infiltrar en el corazón la doctrina que predicaba”.

“Por eso era de todos querido y respetado, y por eso su muerte ha sido tan hondamente sentida por todos los que tuvieron la dicha de tratarle”.

“La religión ha perdido un apóstol, el país un elemento de progreso, los pobres y desvalidos la mano que les prestaba apoyo, y Villa Colón el obrero más abnegado”.

Los testimonios transcritos, y mil más que se pudieran alegar, nos dan una idea del bien que hizo Monseñor Lasagna en la sociedad: por todas partes dejó en las almas el tesoro de la simpatía, la luz de la verdad, el estímulo a la virtud, el germen de la conversión. Muchos fueron sus amigos consecuentes; muchos, aun de los más reacios a lo sobrenatural, le quisieron a su lado, para reconciliarse con Dios, en el trance de la muerte.

VII

La serie de obras que llevamos reseñada no bastaba, ni con mucho, para agotar la actividad de Mons. Lasagna. Porque, como escribe Bauzá, “jamás se supo que no le preocupasen diez o doce asuntos de importancia trascendental. Uno solo habría sido poca cosa para aquel espíritu devotado al servicio del pueblo, con la persistencia de un apóstol. Así es que su programa de trabajo semejaba una creación fantástica, y sus itinerarios de marcha abarcaban los continentes y el Océano”.

“Daba citas y señalaba conferencias para el mes próximo en Paysandú, para cuatro meses más tarde en Río Janeiro, de vuelta de la Asunción del Paraguay, y para los primeros días del año siguiente, de vuelta de Italia, en Montevideo, donde debía reclu-

tar cooperadores y predicar sermones instruyendo masas de inmigrantes”.

Dada esta modalidad suya, no es de extrañar que, al trasladarse al Brasil (en su calidad de Inspector de estas dos naciones desde 1881), para fundar y visitar las Casas Salesianas, le haya asaltado el pensamiento del estado miserando de tantas tribus indígenas diseminadas en aquella extensión inmensa. Y como, para él, ver la necesidad de una iniciativa generosa y sentirse imperiosamente atraído por ella era todo uno, con fecha de 6 de Mayo de 1882 escribe a Don Bosco:

“El 9 de Mayo zarparé de Montevideo con rumbo a Río Janeiro... Acaso mi viaje de exploración abarque grandes extensiones, pues muy probablemente pasaré de la provincia de Río Janeiro a la de Pará, conviene a saber, del Sur al extremo Norte del grande Imperio, recorriendo toda la costa occidental, bañada por el Océano Atlántico, hasta las bocas del río mayor del mundo, el Amazonas”.

Con toda puntualidad cumplió su gigantesco itinerario. Más aún; concibió entonces el proyecto de intentar preferentemente la evangelización de Mato Grosso, por más abundante en salvajes. Escribe su biógrafo:

“La esperanza de tener sacerdotes y catequistas para esta empresa exalta su ardorosa imaginación, y, anticipándose a los acontecimientos, ya ve en aquellos vastísimos yermos surgir aldeas y ciudades con sus iglesias y campanarios y multiplicarse los institutos de educación cristiana. Le parece contemplar a aque-

llos salvajes embrutecidos elevarse a la dignidad que corresponde al rey de la creación, conquistar una decorosa pasadía, y, lo que más importa, hacerse cristianos y salvar sus almas. ¿Qué más? En el éxtasis de su celo contempla una numerosa falange de Salesianos que desde las frías comarcas de la Patagonia se van adelantando hacia el Norte y difundiendo e irradiando a su paso en todas direcciones la luz del Evangelio, mientras, por otra parte, su fantasía le representa a otros misioneros que, bajo el sol de brasa de los trópicos, descienden hacia las Pampas y la Patagonia, y arrojando ellos también entre aquellas tribus bárbaras la palabra divina, las conquistan para la civilización y para la Iglesia. Ya asiste con el pensamiento a la ternísima escena que se verificará cuando estos obreros evangélicos, hijos del mismo padre, saliendo opuestos puntos, después de haber cubierto toda la América Meridional con una red de misiones y de institutos de Don Bosco, se encuentren y se den la mano.

—¡Qué encuentro!, exclama; ¡qué día será aquél! ¡Oh! quiera el Señor apresurarlo en su infinita misericordia para la salvación de tantos pueblos sepultados aún en las tinieblas de la barbarie. El, por su parte, nada perdonará para que se cumplan tan estupendos y atrevidos proyectos, y, a una señal de la Providencia, responderá sin tardanza: —“*Ecce ádsum: heme aquí. (Gén. 46, 2.)*—”.

Más tarde, recibida la plenitud del sacerdocio, se titula a sí mismo el *Obispo de los salvajes*, y, si no

puede ver con sus propios ojos hechas realidad todas las misiones que ha soñado, en el Brasil y en el Paraguay, le cabe, por lo menos, la indecible satisfacción de acompañar la primera expedición apostólica a Mato Grosso.

VIII

Pero ¿en qué obra progresiva y benéfica no encontraremos a este hombre extraordinario, a este apóstol infatigable?

El cuidado de los inmigrantes, por cuyos intereses temporales y eternos se desveló con indefectible tesón; los obreros, en cuyo beneficio anhelaba ver actuado el magnífico programa de bienestar espiritual y material formulado en la inmortal Encíclica *Rerum Novarum* de León XIII; los presos, a quienes, a imitación de Don Bosco, misionaba con admirable eficacia, hablándoles en lenguaje sencillo, cordial, insinuante, y pasando con ellos en familiar coloquio el tiempo de recreo: cada uno de estos asuntos nos daría margen para presentar a Monseñor Lasagna en un nuevo cuadro rico de carácter y colorido.

IX

Asentó una verdad inconcusa Montesquieu en esta máxima:

“¡Cosa admirable! El cristianismo, que parece no se propone más que la felicidad de ultratumba, la-

bra también la dicha y el bienestar de la vida presente”.

¿Qué no había de hacer, pues, Monseñor Lasagna, todo caridad para con sus semejantes, para imbuírlos en el espíritu cristiano?

De aquí, su celo inagotable en promover la obra primordial de Don Bosco, los *Oratorios Festivos*, celo que transfundió en sus exalumnos, quienes, organizados en asociación, fundaron e hicieron florecer centros catequísticos en diversos barrios de la Capital y en sus alrededores.

De aquí, el magistral texto de catecismo para las escuelas primarias que había comenzado a redactar, y que, truncado por su muerte, quedó en el capítulo XVIII.

De aquí, sus grandiosos planes de escuelas superiores de religión, y de la Universidad Católica.

De aquí también su trabajo de difusión de la buena prensa y colaboración en la misma.

Y de aquí, finalmente, su perpetuo desvelo por el cultivo de las vocaciones religiosas y eclesiásticas, que le habían de proporcionar cooperadores para su vasta campaña de evangelización.

X

El inmortal Pontífice León XIII seguía con mirada atenta toda la actividad apostólica del sacerdote salesiano, y determinó conferirle la dignidad episcopal, y, acrecentando así su autoridad y ascendiente, ponerle

en condiciones de realizar con mayor facilidad y eficacia sus salvadoras empresas.

Se efectuó la consagración en la ciudad eterna, el 12 de Marzo de 1893. Vuelto al campo de su apostolado, su actividad rayó en prodigio. El Uruguay, el Paraguay, el Brasil le veían en movimiento sin tregua.

En Agosto de 1895 se embarcó en Montevideo para el último de los países nombrados. Arribado a Río Janeiro, proyectó celebrar un solemne homenaje, el 12 de Octubre, al descubridor de América. El número culminante de los festejos lo constituyó un discurso, en que él, universalmente reconocido por orador elocuentísimo, se superó a sí mismo. El diario *O Apostolo*, escribía:

"Fué un discurso monumental, que granjeará al ilustre Prelado el renombre de orador sublime. ¡Ah! él no se preocupaba absolutamente de ello. En su oración no se descubrió ni sombra de arte y de retórica; por el contrario, el discípulo de Don Bosco expuso con admirable sencillez verdades tales, que todos salieron conmovidos e inflamados de celo... y, quizá por primera vez, verdaderamente convencidos de que se debe trabajar en la evangelización de los indígenas".

Eran los últimos resplandores de aquel sol, que bajaba majestuosamente hacia el ocaso.

XI

Visitó después el colegio de las Hermanas de María Auxiliadora de Guaratinguetá, y predicó en aquella

localidad una solemne, fructuosísima e inolvidable misión.

Luego, acompañado del personal necesario, tomó el tren para dirigirse a fundar una escuela agrícola en Cachoeira do Campo y dos institutos para niñas, en Ouro Preto y Ponte Nova (Minas Geraes).

Entre las estaciones de Juiz de Fora y Mariano Procopio un formidable choque dió fin a la vida, tan exuberante de virtudes y obras benéficas de Monseñor Lasagna. Era el 6 de Noviembre de 1895.

Nada puede sugerirnos tan cabal idea de la resonancia que despertó la espantosa tragedia, nada puede encarecer los merecimientos del eximio Prelado, como las siguientes palabras, las más hermosas tal vez que haya escrito jamás el primer Arzobispo de Montevideo, el Dr. D. Mariano Soler:

"Cayó de improviso la fatídica noticia; y, aunque nos llenó de espanto, no la queríamos creer: nos parecía que no podía morir".

"¡Cómo!... ¿ya no existe?... ¿él, que corría a pasos de gigante por los caminos de la vida haciendo el bien?... ¿él, que estaba en la plenitud de la existencia y de la madurez apostólica, lleno de hermosos ideales y de magnos proyectos, con la esperanza de realizarlos todos y en breve plazo, dada su inmensa actividad y el feliz éxito de sus gestiones, empeños y sacrificios? ¡Cuántas fundaciones le debían su existencia, y cuántas no hubiera realizado con su poderosa iniciativa!...

"Por eso lo sentimos y lloramos como un desastre, como una pérdida irreparable".

"¡Qué figura tan simpática, insinuante y afable! Era un verdadero carácter de temple apostólico y digno hijo de Don Bosco: tenía celo, actividad, energía, constancia, ilustración vasta y persuasiva, tacto y tino para el conocimiento de las personas, de las circunstancias y de las cosas. Con un vigor de atleta robusto e infatigable, estaba siempre en actividad, como una locomotora sin freno. Trabajaba sin cesar, comunicando aliento a cuantos le rodeaban; nunca se arredraba por las dificultades, que antes bien servían para agigantar su carácter enérgico y resuelto. Siempre en movimiento, parecía tener el dón de ubicuidad, pues de tal manera se multiplicaba; ya recorría el vasto e inmenso Brasil, o ya estaba en el Paraguay, sin dejar de atender las numerosas fundaciones del Uruguay, campo primero y predilecto de su actividad y misión".

"¿Y este hombre ha muerto?... ¡Ah! murió como podía morir un apóstol infatigable, asombroso... de repente, sorprendido en el camino de sus fundaciones, meditando muchas otras; murió en el ejercicio pleno de su vida apostólica, rodeado de operarios que conducía a la labor. Murió como había vivido... de prisa".

"Como si sospechara que en breves años se consumiría su preciosa existencia, *consummatus in brevi*, procuró con su prodigioso celo y actividad llenar tiempos prolongados, *explévit témpora multa*. Por eso era ya muy agradable al Señor su alma, *plácita enim*

erat Deo anima illius, y quiso premiarle con una muerte prematura. ¡Tanto bien había hecho!”

“Y en verdad, el eco de su muerte ha resonado como la de un apóstol. Tendido sobre el sepulcro, vive en sus obras y habla con sus virtudes: *defunctus, ádhuc loquitur*”.

“Hay muertos que no caben en la tumba, porque ésta se convierte en el pedestal de su gloria; hay existencias que la muerte no puede tronchar sino de sorpresa, porque su actividad no tiene descanso ni interrupción. Así Monseñor Lasagna fué apóstol infatigable hasta el fin. ¿Y mártir? La causa de su muerte fué criminal; y ese crimen no pudo ser cometido sino en odio a su misión y apostolado; por tanto ha sido mártir con sus compañeros de labor apostólica”. (1).

“¡Ah! si tiene la corona del martirio, será un poderoso intercesor para la Congregación Salesiana y rogará por nosotros. ¡Consolémonos! . . .”

“Pero ¿nada más debemos a su ilustre y santa memoria? Sí: algo más nos merece. El Colegio Pío de Villa Colón fué como el centro de sus operaciones evangélicas y como la cuna de su apostolado. Allí, pues, debe erigírsele un monumento que en el bronce y en el mármol pregone, así sus virtudes y gloria, como nuestra gratitud. Una apoteosis monumental con el óbolo de las tres Repúblicas que benefició y honró

(1) Desde el primer momento se afirmó que la catástrofe había sido intencionalmente preparada. Hasta el día de hoy no se ha descifrado el enigma.

con su apostolado, y con esta inscripción: *Consummatus in brevi, explévit témpora multa*".

XII

El monumento ideado por el Arzobispo de Montevideo descuello en el sitio por él señalado, desde el 25 de Abril de 1915. Ahora, en el cincuentenario de la muerte de Monseñor Lasagna, cumple que erijamos o restauremos en nuestro corazón el monumento espiritual de su recuerdo, que nos sirva a todos de ejemplar de virtudes, de estímulo a una fiel y generosa correspondencia a la gracia de Dios, a la misión y destino que la Providencia nos ha trazado en la vida.



Lector:

No deje de adquirir la interesantísima obra

MEMORIAS BIOGRAFICAS DE

MONSEÑOR LUIS LASAGNA

escrita por el segundo sucesor de San Juan Bosco,

Rvmo. Padre Don *Pablo Albera*

En venta, en la librería de los
Talleres de Don Bosco. ———

